Noches Que No Vuelven

No todas las noches traen oscuridad. Algunas traen la claridad suficiente para ver lo que uno no quería perder.

El río no promete nada. Y sin embargo esa noche yo creí que podía prometerlo todo.

La conocí en la Costanera de Vicente López, bajo una hilera de faroles que iluminaban más el agua que a nosotros. No fue un encuentro extraordinario. Nadie tropezó, nadie pidió ayuda. Estaba de pie mirando el Río de la Plata con una atención que no era contemplativa sino deliberada, como si esperara que el agua le respondiera algo que ya sabía.

Yo caminaba sin destino. No buscaba compañía. Caminaba porque el movimiento me evitaba pensar demasiado. En verano, la noche del norte del conurbano tiene una temperatura espesa. El aire se pega a la piel y vuelve más lento cualquier pensamiento. A esa hora la ciudad ya no exige nada. Solo acoge. Me quedé a cierta distancia. No por prudencia, sino por costumbre. Siempre me ha resultado más sencillo observar que intervenir. Sin embargo, ella habló primero.

—El río no se queda —dijo, sin mirarme—. Nosotros fingimos que sí.

No pregunté qué quería decir. Me coloqué a su lado como si esa frase hubiera sido una invitación silenciosa. No me rechazó. Eso fue suficiente para que creyera —equivocadamente— que algo empezaba.

Tenía una manera sobria de estar sola. No era abandono ni dramatismo. Era decisión. Y en esa decisión había algo que me atrajo con una fuerza que entonces confundí con destino. Esa fue la primera noche. Todavía no sabía que algunas historias no comienzan para durar, sino para revelar la parte de nosotros que preferiríamos no conocer. El río seguía avanzando, oscuro y constante. Nosotros apenas aprendíamos a nombrarnos.

Ella no dijo su nombre esa primera noche. Tampoco yo le pedí que lo hiciera. Hay una cortesía involuntaria entre los desconocidos que comparten el silencio, no preguntarse demasiado, no invadir el misterio que todavía resguarda la conversación. Hablamos del calor, del viento que a veces trae el olor del agua, de cómo las luces del centro, a lo

lejos, parecen más estables de lo que realmente son. Me sorprendió la precisión con la que elegía las palabras. No hablaba por hablar. Cada frase parecía haber sido pensada antes, como si estuviera acostumbrada a ordenar el mundo en voz alta. Yo, en cambio, improvisaba. Siempre improviso cuando algo me importa.

—¿Venís seguido? —preguntó sin mirarme.

Asentí.

—Cuando no quiero estar en otro lado.

Sonrió apenas. No fue una sonrisa amable. Fue una sonrisa de reconocimiento. Ahí debí haber entendido que ella no estaba allí por casualidad. Que ese lugar le pertenecía en un sentido más profundo que a mí. Yo caminaba por la costanera para distraerme. Ella la habitaba como quien espera el momento exacto para irse.

Nos sentamos en un banco que todavía conservaba el calor del día. El río estaba oscuro, pero no mudo. Golpeaba contra la orilla improvisada con una regularidad casi obstinada. Pensé que ese sonido podía acompañarnos durante horas sin exigir nada a cambio. Habló de su semana. De decisiones pendientes. De una vida que, según dijo, ya estaba ordenada, aunque no fuera feliz. No explicó más. No necesitaba hacerlo. Hay frases que contienen más verdad cuando se las deja incompletas. Yo escuchaba con una atención que ahora me avergüenza un poco. No por devoción, sino por hambre. La estaba observando como si cada gesto pudiera revelarme algo que yo necesitaba encontrar. No era ella lo que me atraía solamente. Era la claridad con la que parecía caminar hacia un cambio que yo no me animaba a dar.

Cuando el viento se levantó, movió su cabello hacia atrás y dejó su rostro completamente expuesto a la luz blanquecina del farol. No era extraordinaria. Y aún asi, sentí una certeza absurda, esa noche iba a significar algo. A veces la intuición no es un anuncio del destino, sino el primer error.

Nos despedimos sin formalidad. Sin promesas. Sin intercambiar nada que nos asegurara volver a vernos. Pero al alejarme supe que regresaría al día siguiente. No por ella. Por lo que había empezado a imaginar.

II

Volví la noche siguiente con la absurda seguridad de quien cree que el azar puede repetirse. Caminé más despacio de lo habitual, como si la espera fuera parte del encantamiento. El río estaba más agitado, el viento traía pequeñas ráfagas que hacían oscilar los cables de los faroles con un quisquilleo leve, casi hipnótico. Pensé que no estaría. Pensé que todo habría sido una coincidencia hermosa y breve, como esas conversaciones que uno guarda sin nombre. Pero estaba ahí. No en el mismo lugar exacto, sino unos metros más al norte, sentada en el murallón bajo, mirando hacia el agua con los pies suspendidos sobre el borde del concreto descuidado. Cuando me vio, no pareció sorprendida. Tampoco sonrió. Asintió, apenas. Ese gesto mínimo bastó para que yo sintiera que algo se confirmaba.

—Sabía que ibas a volver —dijo.

No pregunté cómo lo sabía. Preferí creer que lo había intuido por afinidad, no por previsibilidad. Años después entendí que yo era fácil de leer en esos días, un hombre que necesitaba creer en las segundas oportunidades, incluso cuando la primera todavía no había terminado.

Nos sentamos juntos sin protocolo ni reparo. Hablamos de cosas más personales. Yo le conté de mi trabajo —sin demasiado entusiasmo—, de la sensación constante de estar cumpliendo con una vida que no había elegido del todo. Ella escuchaba con atención, pero no intervenía para consolar ni para aconsejar. Solo asentía, como quien registra información que no le pertenece.

—A veces —dijo después de un silencio largo— uno no está triste. Solo está cansado de postergar algo que ya es inevitable.

No supe si hablaba de mí o de ella. Tampoco me animé a preguntar.

Había en su manera de expresarse una claridad que me desarmaba. No dramatizaba. No exageraba. Pero cada frase parecía estar hecha de una verdad ya masticada, ya aceptada.

Yo, en cambio, todavía discutía con mis propias decisiones como si fueran ajenas.

Esa noche caminamos por la costanera hasta donde las luces empiezan a dispersarse y la indiferencia de la avenida se vuelve más lejano. El

agua golpeaba con más fuerza, y por un instante sentí el impulso infantil de tomarle la mano para no perder el equilibrio. No lo hice. Ella tampoco ofreció la suya. Sin embargo, cuando el viento volvió a levantarse y su hombro rozó el mío, interpreté ese contacto mínimo como una señal. Es sorprendente la facilidad con la que la esperanza se alimenta de casi nada. Antes de despedirnos, dijo algo que entonces me pareció inocente.

—Estas noches me ayudan a ordenar lo que viene.

No pregunté qué era "lo que viene". Preferí pensar que yo formaba parte de esa organización futura. La imaginación es un territorio generoso cuando todavía no ha sido contradicho. Esa noche dormí poco. No por ansiedad, sino por una extraña exaltación serena. Como si, después de mucho tiempo, algo en mí hubiera vuelto a moverse con dirección. No sabía aún que a veces uno no se mueve hacia alguien. Se mueve hacia el límite de lo que está dispuesto a perder.

Poema 1

El río no recuerda.

Yo regreso.

Dejo en la orilla

lo que no supe sostener.

El agua lo toca.

No lo guarda.

Yo sí.

III

La tercera noche no la busqué. Me juré no ir. Pasé la tarde convencido de que lo sensato era interrumpir esa pequeña costumbre antes de que se volviera necesidad. Me repetí que no sabía su apellido, que ni

siquiera sabía su nombre, que no conocía su historia completa, que todo podía disolverse con la misma facilidad con la que había comenzado. A las diez ya estaba caminando hacia el río.

Había menos gente que las noches anteriores. El aire estaba más frío y el agua parecía más oscura, como si hubiese retrocedido unos metros. Tardé en verla. Por un momento creí que no vendría, y esa posibilidad me atravesó con una punzada absurda. Estaba sentada en el mismo banco de la primera noche. Cuando me acerqué, noté que tenía los ojos enrojecidos. No lloraba. Tampoco parecía devastada. Era otra cosa, una especie de desgaste contenido.

—Hoy no pensaba venir —dijo antes de saludar.

—Yo tampoco.

Sonrió, pero esta vez con cansancio.

Nos quedamos en silencio más tiempo que otras veces. No había incomodidad, pero sí una densidad nueva, como si algo estuviera por ser dicho y todavía no encontrara la forma. Finalmente habló.

—Estoy cerrando una etapa —dijo—. No es algo dramático. Solo inevitable.

No la interrumpí.

—Cuando uno decide cambiar, tiene que ordenar los afectos. No se puede arrastrar todo. La palabra arrastrar quedó flotando entre nosotros. Sentí, sin querer, que yo ya estaba dentro de esa categoría.

—¿Y estas noches? —pregunté con una ingenuidad que no sentía. Ella me miró por primera vez con una franqueza casi incómoda.

—Me ayudan. Me recuerdan que todavía puedo hablar con alguien sin que haya un plan detrás. No supe si agradecer o retroceder. En esa frase estaba la confesión y el límite. Yo no era un proyecto. No era un futuro. Era una pausa. Y aún así, algo en mí se encendió con más fuerza. Tal vez porque por primera vez comprendí que no estaba compitiendo con otro hombre, sino con el porvenir mismo. Caminamos hacia el borde del murallón. En una imprudencia que todavía no logro explicar, rocé su mano. Esta vez no la retiró. Tampoco la sostuvo. Fue apenas un contacto breve, casi accidental. Pero en mí produjo una certeza desmedida.

Creí —con esa terquedad que uno defiende incluso cuando ya sabe la verdad— que ese gesto podía cambiar la dirección de lo inevitable.

—No quiero confundirte —dijo en voz baja.

Ahí estaba la advertencia.

No la escuché.

—No estoy confundido —respondí.

Mentí sin saberlo.

Nos despedimos más cerca que las otras noches. No hubo abrazo. Solo una proximidad que parecía suficiente. Mientras volvía a casa comprendí algo que me negué a aceptar del todo, yo no estaba acompañándola en un proceso. Yo estaba empezando a construir un futuro sobre un terreno que ella ya había decidido abandonar. Esa fue la noche en que empecé a enamorarme. No de ella exactamente. Si no de la idea de ser elegido.

Poema 2

El río no callaba.

Arrastraba barro.

Me cubrió los tobillos

como una advertencia sin voz.

Metí las manos.

Saqué basura y sedimento frío

Algo en mi se insinuó

La noche seguía pasando.

Yo no.

días sin volver.

IV

La cuarta noche llegó con una claridad inesperada. El cielo estaba despejado y la luna, apenas insinuada, dibujaba una línea pálida sobre la costanera. La encontré de pie, apoyada contra las barandas, como si el río, en su sabiduría, le hablara en voz baja. Cuando me vio acercarme, esta vez sí sonrió.

—Creo que ya es hora de que sepas mi nombre —dijo.

Hubo algo solemne en esa frase, aunque la dijo con naturalidad.

—Me llamo Alma.

Lo dijo sin énfasis, como si no buscara efecto. El nombre me atravesó con una precisión casi injusta. Alma. No podía ser otro. Era un nombre que no se impone, se revela.

—Yo soy Werther —respondí, casi al pasar, como si mi nombre fuera un detalle menor dentro de algo que ya empezaba a superarme. La miré con una atención distinta esa noche, como si el hecho de nombrarla me permitiera verla por primera vez con nitidez. Era blanca, pero no de una blancura frágil sino mestiza, templada por el sol. Su piel parecía guardar restos de veranos incluso bajo la luz mortecina de las estrellas. Sus ojos eran marrones... o tal vez miel. Nunca lo supe con certeza. De noche los colores se confunden, y yo prefería que conservaran esa ambigüedad. Su cabello, a la luz cambiante, se disfrazaba entre el avellana y un rojizo suave que el viento despeinaba sin pedir permiso. No era una belleza escandalosa. No llamaba la atención al pasar. Pero cuando hablaba, todo en ella parecía ordenarse alrededor de su voz. Su cuerpo era normal, armónico, sin exageraciones. Pero había en su forma de caminar una seguridad silenciosa que me obligaba a seguirle el ritmo.

—Es extraño —dijo—. Ya llevamos varias noches hablando y todavía no sabemos casi nada el uno del otro.

—Tal vez sabemos lo suficiente —respondí.

Ella me miró con esa mezcla de ternura y distancia que empezaba a volverse habitual.

—No, Werther. Nunca se sabe lo suficiente.

Pronunció mi nombre con suavidad. Escuchar mi nombre en su boca tuvo un efecto desproporcionado. Sentí que, al nombrarme, me otorgaba una existencia nueva, más verdadera, más valiosa. Caminamos despacio. El lugar estaba más calmo que otras noches. Por primera vez el río parecía no advertirnos nada.

—Estoy tomando una decisión importante —dijo finalmente—. Y estas noches me están ayudando a no sentirme sola mientras la tomo.

La frase fue honesta. No cruel. Pero en esa honestidad había una grieta.

—¿Y cuando la tomes? —pregunté.

No respondió de inmediato. Se detuvo y miró el agua como si la respuesta estuviera ahí.

—Entonces ya no voy a necesitar venir.

Sentí algo leve y cortante, casi imperceptible, como cuando una astilla se clava sin que uno lo note del todo. Quise decirle que no importaba, que podíamos seguir viéndonos igual. Quise prometerle algo que ni siquiera yo entendía. Pero guardé silencio. Porque por primera vez comprendí que Alma no estaba improvisando estas noches.

Yo sí.

Nos quedamos juntos hasta que el frío nos obligó a separarnos. Antes de irse, apoyó su mano en mi brazo un segundo más de lo necesario. Ese segundo fue suficiente para que yo confundiera despedida con promesa. Esa fue la noche en que su nombre dejó de ser un sonido y empezó a ser una ausencia futura.

Poema 3

Hay noches

en que el río crece

dentro de mí.

Me siento.

El banco es una frontera

entre lo que fui

y lo que insiste.

El agua alcanza la orilla.

Yo no alcanzo

a comprenderme.

V

La quinta noche el río estaba quieto. No calmo, quieto. Como si hubiese decidido no intervenir. Alma estaba sentada en el murallón, con los pies descalzos apoyados en el frío del cemento. Se había recogido el cabello en un gesto improvisado, y su nuca, a la luz oblicua del farol, parecía más clara que otras noches. Cuando me vio, inclinó apenas la cabeza.

—Werther —dijo, casi en voz baja.

No había ironía esta vez.

Me senté a su lado sin tocarla. El espacio entre nosotros era breve, pero suficiente para que la tranquilidad circulara. Tardó en hablar.

—Ya tomé la decisión.

No pregunté cuál. El río golpeó una vez contra la orilla, como si marcara el tiempo.

—Voy a ordenar mi vida —continuó—. De verdad.

Miraba el agua. No a mí.

Una pareja pasó detrás nuestro riendo. El sonido se perdió rápido.

—No puedo empezar nada nuevo.

Eso fue todo.

No hubo dramatismo. No hubo disculpas.

Yo asentí, como si esa frase no tuviera peso. Como si fuera apenas una información práctica. El viento movió un mechón suelto de su cabello. Instintivamente lo aparté de su rostro. Mi mano rozó su mejilla un segundo más de lo necesario. No se apartó. Tampoco se acercó. Nos quedamos así, demasiado próximos para ser indiferentes, demasiado distantes para ser algo más.

—Tu nombre es raro —dijo después.

La miré.

—¿Te lo pusieron por el libro?

—No —respondí—. Me lo puse yo.

No agregó nada. Pero entendí que había escuchado más de lo que dije. El río seguía igual. Una lancha cruzó a lo lejos, dejando una línea temblorosa sobre la superficie oscura. Alma apoyó la cabeza en mi hombro. No fue un gesto apasionado. Fue cansancio. Fue refugio.

Sentí su frente contra mi y su respiración acomodarse con la mía. En ese instante supe que estaba aceptando algo que no me pertenecía. Podría haberme apartado. No lo hice. Nos quedamos así varios minutos, sin hablar. El mundo se iba reduciéndose al sonido del agua y al calor mínimo de su cuerpo contra el mío.

Cuando se incorporó, sus ojos —marrón, miel, sombra— me miraron con una claridad intacta.

—Gracias —dijo.

Esa palabra tuvo más verdad que cualquier promesa. Nos despedimos sin abrazo. Mientras caminaba de regreso, pense algo que no necesitaba ser explicado, yo no estaba siendo elegido. Estaba siendo necesario. Y la necesidad, a veces, se parece demasiado al amor cuando uno desea creer. El río, detrás mío, volvió a moverse.

Poema 4

Cuando ella miraba,

alguien en mí respondía

con otro nombre.

Yo lo dejaba hablar.

Pero su atención

ya estaba en el río.

Allí, donde todo pasa

sin preguntarse

quién lo nombra.

VI

La sexta noche llegué antes que ella. No fue casualidad. Quería esperarla. Quería que, por una vez, el escenario estuviera dispuesto para mí. El río estaba bajo, dejando al descubierto una franja de barro oscuro que nunca se veía cuando la marea subía. Me quedé mirando esa línea irregular como si fuera una advertencia. Alma apareció unos minutos después. Caminaba despacio, con las manos en los bolsillos de la campera. Cuando me vio, levantó apenas la mirada y sonrió con suavidad.

—Hoy estás distinto —dijo.

Tal vez lo estaba.

Nos sentamos. Esta vez fui yo quien empezó a hablar. Le conté que había rechazado una propuesta de trabajo en el exterior. Que había decidido quedarme. Que estaba cansado de huir. Que necesitaba echar raíces. No era verdad. Esa propuesta no había existido. La decisión tampoco. Pero mientras hablaba, la historia adquiría una forma tan coherente que por momentos yo mismo creí en ella. Describí ciudades que nunca había visitado, despedidas que no ocurrieron, una determinación que no me pertenecía. Alma escuchaba con atención, apoyando el mentón sobre sus manos entrelazadas.

—¿Y no te da miedo quedarte? —preguntó.

—Me da más miedo irme sin haber elegido algo —respondí.

Esa frase no era mía. La había escuchado años atrás en boca de un amigo que sí tuvo el valor de cambiar de vida. La usé igual.

Hubo un silencio breve. El viento levantó pequeñas ondulaciones sobre el agua. Una hoja seca rodó hasta nuestros pies.

—Eso es valiente —dijo finalmente.

No fue entusiasmo. Fue reconocimiento.

Y en ese reconocimiento sentí una posibilidad mínima de que algo se inclinara a mi favor. Entonces avancé un poco más. Le hablé de un amor pasado que había dejado ir por convicción, no por fracaso. De cómo había aprendido a soltar sin rencor. De cómo ya no necesitaba depender de nadie para sentirme completo. Nada de eso era del todo cierto. Mientras pronunciaba esas palabras noté algo extraño, no buscaba convencerla a ella. Buscaba convertirme en el hombre que describía. Alma me miraba con esa mezcla de dulzura y distancia que empezaba a dolerme.

—No sos como pensaba —dijo.

La frase, en lugar de alegrarme, me inquietó.

—¿Cómo pensabas?

—Más… quieto.

No supe si aquello era un elogio o una advertencia.

El río comenzó a subir lentamente, cubriendo la franja de barro que había observado al principio. El agua borraba su propia exposición. Alma se levantó y caminó unos pasos hacia el borde. La seguí.

—A veces —dijo sin mirarme— uno quiere que alguien aparezca justo cuando está por irse. Para probar que todavía podría quedarse. La frase cayó suave. Sin intención de herir. Me acerqué demasiado. Mi mano rozó su espalda. Sentí su esencia entera bajo la capa de tela.

—¿Y si apareciera? —pregunté.

Giró el rostro hacia mí. Sus ojos eran imposibles de descifrar esa noche.

—Entonces tendría que preguntarme si es verdad… o si solo es miedo. No apartó mi mano. Pero tampoco la sostuvo. Nos quedamos así unos segundos que parecieron más largos de lo que eran. Pude haberla besado. Pude haber dicho la verdad. Pude haber desarmado la ficción

que acababa de construir. No hice ninguna de las tres cosas. Cuando nos despedimos, su mirada era más seria que otras noches.

—No me mientas, Werther —dijo, casi con suavidad.

No pregunté a qué se refería.

Pero por primera vez sentí que el río no estaba sosteniéndonos.

Estaba avanzando.

Pausa

No volví la noche siguiente. Ni la otra. La costanera siguió existiendo sin nosotros. El río subía y bajaba con la indiferencia habitual, y yo caminaba por otras calles intentando convencerme de que la pausa era una forma de control. Pensé en las historias que le había contado. Las repetí en voz baja mientras cruzaba avenidas, mientras esperaba el colectivo, mientras miraba mi rostro en el vidrio oscuro de un edificio. Eran historias ajenas, pero en mi boca sonaban posibles. Durante esos días entendí algo que no me gustó reconocer, Alma no era la única que necesitaba esas noches. Ella ordenaba su vida. Yo me inventaba una. Había algo casi equitativo en eso. Ella me usaba como transición, yo la usaba como espejo. Ella necesitaba compañía para atravesar una decisión. Yo necesitaba su mirada para convertirme en alguien que todavía no era. No era un engaño unilateral. Era un pacto silencioso.

Y en los pactos silenciosos nadie es completamente inocente. La tercera noche sin verla intenté no pensar en ella. Pero el pensamiento insistía con detalles mínimos, el tono exacto con que pronunciaba mi nombre, el modo en que inclinaba la cabeza cuando escuchaba algo que le importaba, la manera en que nunca prometía nada. Logre ver entonces que lo más peligroso no era perderla. Era haber empezado a gustarme más cuando estaba con ella.

Volví a la costanera la noche séptima, o la novena. No para buscarla. Sino para comprobar si todavía era capaz de encontrarla.

VII

La séptima noche el río estaba alto otra vez. El agua había cubierto por completo la franja de barro, como si nunca hubiera estado allí. Pensé que algunas exposiciones duran poco, lo suficiente para que uno las vea y luego finja que no existieron. Alma estaba sentada en el banco de la primera noche. No me vio de inmediato. Tenía los ojos fijos en el agua y las manos entrelazadas con una tensión que no había notado antes. Cuando levantó la mirada, no sonrió.

—Pensé que no ibas a volver —dijo.

—Yo también —respondí.

Me senté a su lado. Esta vez la distancia fue menor. No por decisión explícita, sino por inercia.

Tardó en hablar.

—Ayer hablé con él.

No pregunté quién era "él". No hacía falta.

—Todo está decidido.

Su voz no temblaba. Pero había algo distinto, no era firmeza, era cansancio.

—¿Te arrepentís? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No. Me duele. Pero no me arrepiento.

Esa distinción me atravesó. Dolor sin arrepentimiento. Claridad con herida.

El viento sopló más fuerte mientras el sonido del agua nos acompañaba como una melodía grave. Sus ojos —miel, sombra— parecían más oscuros que otras noches.

—No quería que estas noches fueran un escape —dijo—. Pero un poco lo fueron.

Ahí estaba la admisión.

La miré. Y por primera vez no sentí solo deseo. Sentí oportunidad.

—No tiene que ser un escape —dije—. Puede ser algo más. No era una frase inocente. Era un avance calculado.

Ella me observó en silencio. Buscaba algo en mi rostro. Tal vez coherencia. Tal vez verdad. Apoyé mi mano sobre la suya.

No la retiró.

—No estás sola —continué—. A veces uno cree que ya eligió, pero las decisiones también pueden cambiar. Estaba utilizando su vulnerabilidad. Lo sabía. Y aun así seguí. Ella se volvió hacia mí con lentitud. Se acercó apenas, como si el juego de la noche la inclinara hacia mi costado.

—No quiero hacer daño —dijo en un hilo de voz.

—No lo harías —respondí demasiado rápido.

Ahí sentí la mentira completa dentro de mí. No solo las historias inventadas. Esta también. Se recostó contra mí. No con pasión. Con agotamiento. La abracé.

Ese abrazo fue más largo que cualquier gesto anterior. Sentí la fragilidad real de su cuerpo, el latido leve bajo mi mano, el esfuerzo de su pensamientos haciéndose más lentos. Por un instante creí que todo podía cambiar si insistía lo suficiente.

Pero cuando levantó el rostro, sus ojos estaban claros otra vez.

—No —dijo con suavidad.

No fue un rechazo violento. Fue límite.

—No puedo, Werther.

Pronunció el nombre con una ternura que lo volvió ajeno.

El río golpeó con fuerza contra la orilla.

La miré. Y algo en mí se cansó de sostener la ficción.

—No me llamo Werther.

La frase salió casi sin intención.

Ella parpadeó.

—¿No?

Negué con la cabeza.

—Me llamo Singuat.

El nombre verdadero sonó más pequeño. Más frágil. Más mío.

—¿Por qué? —empezó—. ¿Por qué mentiste?

—Porque era más fácil ser otro —respondí.

No expliqué más. No hablé de las historias que no eran mías. No confesé cada detalle inventado. Pero en esa frase estaba todo. Alma no se enojó. No hizo reproche. Solo me miró como si, por primera vez, me estuviera viendo de verdad.

—No necesitabas ser otro —dijo.

Esa frase fue más dolorosa que cualquier acusación. Nos quedamos en silencio.

Yo sabía que la había empujado sutilmente hacia un lugar que no quería ocupar. Y también sabía que, aun así, ella me había permitido entrar en su mundo, en su decisión, en su cansancio, en su miedo. Pero no en su futuro. Cuando nos despedimos esa noche, el adiós fue breve. Casi protocolario. Mientras me alejaba, comprendí que había logrado acercarme más a ella. Y al mismo tiempo me había alejado más de mí. El río estaba lleno. Yo empezaba a vaciarme.

Poema 5

Soñé que el río

se había retirado de sí mismo.

El lecho descubierto

conservaba nuestras huellas

como un epitafio

que nadie leería.

En el centro,

un pez persistía

en el fondo desnudo.

No luchaba.

Era el lugar

donde la voz se interrumpe

y el mundo

continúa.

VIII

La octava noche el río no estaba ni alto ni bajo. Estaba simplemente ahí. Cuando llegué, Alma ya me esperaba. No sentada. De pie, mirando hacia la ciudad, como si esa vez no quisiera que el agua fuera el centro. Nos miramos sin sonreír.

—Singuat —dijo.

Fue la primera vez que pronunció mi nombre verdadero sin sorpresa, sin extrañeza. Como si siempre hubiera sido así. Me acerqué despacio. No había prisa. Tampoco esperanza.

—No quiero que esto termine mal —dijo.

—No empezó mal —respondí.

La noche era suave. No había dramatismo en el paisaje. El aire estaba tibio, casi indiferente.

—Me ayudaste —continuó—. Más de lo que imaginás.

Asentí.

—Vos también.

Hubo un silencio largo, pero no incómodo. Era un silencio limpio. Como si ya no necesitáramos proteger nada.

—Te mentí —dije.

Ella negó con suavidad.

—No. Te inventaste.

La corrección fue precisa. Y verdadera.

—Y me usaste —agregué, sin acusación.

Alma mantuvo mi mirada.

—Sí.

No intentó justificarse. El río golpeó contra la orilla con un sonido más firme.

—Pero vos también me usaste a mí —dijo después.

No fue un reclamo. Fue equilibrio.

Y entendí que tenía razón.

—Te necesitaba —admití.

—Yo también —respondió.

La honestidad no nos acercó. Nos volvió nítidos. Caminamos unos pasos. Nuestras manos se rozaron, pero esta vez ninguno buscó sostener al otro.

—A veces —dijo Alma— el amor no es para quedarse. Es para mostrarnos algo.

—¿Y qué nos mostró? —pregunté.

Sonrió apenas.

—Que todavía podemos sentir.

El agua parecía más clara que otras noches. No inocente, profunda.

—No voy a volver —dijo finalmente.

No pregunté cuándo.

—Está bien.

Y por primera vez lo dije sin estrategia.

Nos abrazamos.

No fue un abrazo desesperado. Fue breve. Real. Sentí su aroma una última vez contra mi rostro. Esta vez no había ilusión de cambio. Cuando se apartó, sus ojos estaban abiertos. Claros. Enteros.

—Gracias por decir tu nombre —dijo.

La vi alejarse sin girar. No corrí detrás. El río siguió moviéndose. Y comprendí que algunas noches no se recuerdan por lo que prometieron, sino por lo que nos obligaron a aceptar.

Poema 6

Escribo.

El río continúa

sin memoria.

Yo dejo estas líneas como quien señala

un sitio en la corriente, donde nada fue

y, sin embargo,

duele.

Tal vez escribir

sea eso:

dar testimonio

de una forma invisible

del vacío.

Epílogo La ausencia

Volví una semana después.

La costanera estaba igual. El mismo banco. El mismo murallón. El mismo río extendido como una certeza que no necesita testigos. Me senté.

Esperé.

El viento movía las ramas con la misma indiferencia de siempre. Una pareja pasó riendo. Un hombre corría con auriculares. El mundo no había registrado nada.

No llegó. Entonces entendí que nunca había sido nuestro el lugar. Nosotros fuimos apenas una pausa en algo que ya estaba en movimiento antes de conocernos. El río no había prometido nada. Yo sí. Me quedé hasta que las luces comenzaron a apagarse una por una, como si la noche retirara lentamente su atención de mí. Por primera vez no imaginé que pudiera aparecer. No inventé una despedida mejor. No busqué una última explicación. Simplemente me levanté. El río siguió avanzando en la oscuridad, entero, indiferente. Logré comprender, lo que no se queda no se traiciona. Simplemente termina. No escribí estas noches para recordarla.

Las escribí para no exagerarlas.

No fue amor.

Fue el miedo de volver a ser nadie.

El río no mintió.

Yo sí.

Poema 7

Singuat.

Mi nombre verdadero

cabe en una moneda

y aun así

lo pronuncio.

La noche es vasta.

No la interpelo.

Deposito mi nombre

en su oscuridad

como quien entrega

lo único que posee.

El silencio no cambia.

Yo tampoco.

El río continúa. Nada de lo escrito lo modifica. Las noches no regresan, se hunden, como promesas, en una profundidad que no reclama rememoranzas.

Lo que fue no pide memoria.

Lo que no fue no admite consuelo.

Estos versos no retienen nada.

Apenas señalan el lugar donde alguien, durante un tiempo, creyó escuchar su propio nombre en el agua.

El resto pertenece al silencio.